

PARA empezar, el Nobel de Literatura. La Academia sueca, puesta a elegir entre los dos candidatos más significativos, Graham Green y Borges, se queda con Singer. Graham Green, curado de su fobia anticomunista juvenil, se ha ido convirtiendo, cada vez más, en un feroz crítico de la política exterior americana; sus escritos contra el imperialismo americano en Vietnam son de sobra conocidos, y ya es menos conocido, pero igualmente cierto, su estancia en el Chile de Allende y su apoyo personal al régimen de la Unidad Popular. De la misma manera, pero al contrario, está el caso de Jorge Luis Borges, encastillándose, cada vez más, en su defensa verbal de la dictadura militar existente en su país y en la militancia de su antizquierdismo. Ambos son, al parecer, seres peligrosos que podrían atraer sobre la Academia sueca el sambenito de parcialidad política. En esta tesitura se recurre a un tercer nombre sin problemas. En esta ocasión es el polaco-norteamericano, judío sin militancia sionista, Isaac Bashevis Singer.

Los Nobel de Economía

De la misma manera, los Nobel de Economía siguen camino similar. En esta misma revista, el profesor Sampedro decía hace unos años: "Para el Jurado Sueco no parecen existir los economistas socialistas... Tampoco parece existir otra posible teoría económica que esa yuxtaposición de marginalismo y 'macroeconomía' keynesiana predominante en los olímpicos anglosajones que, como he repetido alguna vez, muestran más bien desconcierto ante la inflación en los países ricos e incompreensión ante el subdesarrollo de los pobres".

Efectivamente, esto ha sido así. Ningún economista preocupado en los problemas del subdesarrollo y/o las consecuencias del imperialismo económico ha sido tan siquiera mencionado en los nueve años que lleva concediéndose el Nobel de Economía. Lo mismo puede decirse de un economista marxista. La única vez que ha sido concedido a un ruso fue en la edición de 1975, a Leónidas Kantorovich, pero hay motivos más que suficientes para dudar de la imparcialidad de tal premio: Kantorovich se encontraba en no muy buenas relaciones con las autoridades soviéticas y se le consideraba en Occidente como un posible futuro "disidente". No hay que olvidar que 1975 fue el mismo año que recibió el Nobel de la Paz el también disidente soviético Sajarov.

El resto de las veces los premios han sido concedidos a economistas no críticos, más o menos liberales, pero todos encuadrados dentro del área de la economía de mercado. Aunque, en algunas ocasiones,

Si hay algo que caracteriza a los Premios Nobel que concede cada año la Academia de Ciencias sueca, es su continua asepsia, su forzada decoloración política, su falta de compromiso. Esta norma general es, desde luego, mucho menos acusada (e importante) en los galardones científicos —Medicina, Física y Química— que en los tres apartados netamente conflictivos: Literatura, Economía y de la Paz.

RAMIRO CRISTOBAL

como en lo referente al holandés Jan Tinbergen, militan en partidos de izquierda moderada. El liberalismo, matizadamente crítico, de personalidades como Samuelson (1970), Kuznets (1971), Leontief (1973) y Gunnar Myrdal (1974), quedaba compensada de sobra con el conservadurismo de un Milton Friedmann (1976), el hombre del equipo Nixon.

bernética y Psicología, a la Universidad privada Carnegie-Mellon, de Pittsburg, y unas abstrusas palabras justificativas de la concesión del Premio: "Por sus trabajos como pionero en torno al proceso de la toma de decisión en el seno de la organización económica".

Lo cierto es que la obra de Simon parece notablemente influenciada por el pensamiento behavio-



El doctor Herbert A. Simon, norteamericano, cuyo Premio Nobel constituyó una auténtica sorpresa.

Premios Nobel

EL FIN DE LAS IDEOLOGIAS

Otros indicadores significativos son que de quince economistas galardonados hasta el momento, nada menos que siete son norteamericanos, aunque dos de ellos —Kuznets y Leontief— han nacido en Rusia.

Herbert A. Simon

Por lo que respecta al Nobel de 1978, el norteamericano Herbert A. Simon constituyó una auténtica sorpresa. Su nombre, bastante desconocido, quedaba aún más desdibujado en las noticias de prensa al producirse su nombramiento el mismo día en que era nominado el nuevo Papa. Apenas unas cuantas líneas de agencia daban cuenta de su edad, sesenta y dos años; su pertenencia, como profesor de Ci-

rista norteamericano del primer cuarto del siglo XX. Su primera obra de importancia, titulada precisamente "Administration behaviour", de 1947 (traducida al castellano en 1964 con el título de "Comportamiento administrativo". Ed. Aguilar), es en el fondo un intento de adaptar las teorías del behaviorismo al mundo de la economía. Paralelamente a lo que hicieron los padres de aquella corriente sociológica —Watson, Laschley—, Simon se propuso hacer una crítica de las teorías clásicas, que atribuían una racionalidad "omnisciente" a las decisiones económicas. En su opinión, estas decisiones sólo debían ser consideradas desde el punto de vista de los condicionamientos sociales y psicológicos, entre los que hay que contar el grado

de conocimientos finales y las consecuencias de la decisión.

Entre 1949 y 1966, época en que ya realizaba su trabajo como profesor en la Carnegie-Mellon, Simon ensanchó notablemente los conceptos citados en sus tres obras, "Public Administration", "Organisational man" y "Organisations". En ellas planteó el enfoque científico de la influencia de la sociedad y la psicología en las decisiones y las posibilidades del mismo, particularmente en lo concerniente a planificación, tanto en la empresa privada como en la Administración pública. Podrían definirse estas posibilidades tomando, también, una frase del libro de Tilquin citado: "El objetivo de la psicología es prever la respuesta conociendo el estímulo, o predecir el estímulo conociendo la respuesta".

La ventaja que supone el introducir una disciplina intercientífica en el campo de la economía, de lo que es decidido partidario el nuevo Nobel, queda notablemente empañada por la crítica general a la sociología americana: su consideración de un entramado social (de sus relaciones y estímulos, por tanto) como definitivo, sin consideración de las posibilidades de mutación a través de los cambios de relaciones de producción. Así, el behaviorismo, que pretendía ser una respuesta al positivismo primitivo, racionalista pero no dialéctico, resultaba finalmente tan limitado o más en sus conclusiones como la tendencia que había intentado superar.

Por último, es necesario decir algo sobre el lugar de trabajo del profesor Simon. Como dice G. William Domhoff ("¿Quién gobierna Estados Unidos?". Ed. Siglo XXI), "el control de las Universidades de Estados Unidos que ejercen miembros de la aristocracia norteamericana de los negocios, es más directo que el de cualesquiera otras instituciones que controlan". Efectivamente, las poderosas familias de los Rockefeller, Mellon, Du Pont, Morgan, etcétera, subvencionan las Universidades privadas, en ocasiones a través de sus fundaciones, como la General Education Board, de Rockefeller. También lo hacen importantes fundaciones como la Carnegie y la Ford. Esto no debe interpretarse como la afirmación de que todos los profesores que trabajan en dichas Universidades están directamente a sueldo de los grandes "trusts" americanos, pero sí que éstos tienen un notable paso en la dirección de la enseñanza y las investigaciones que en aquéllas se realizan. Los procesos de racionalización de la empresa deben ser interpretados, pues, como un intento de obtener mayor productividad, desde una óptica capitalista, nunca como una finalidad de mejora o modificación de las relaciones de clases representadas en el mundo de la empresa o del país. ■